vosotros mora el Verbo de Dios; ahí tenéis por qué es fuerte la juventud cristiana; porque en sí tiene el Verbo, la palabra de Dios, las reveladoras é inspiradoras claridades de la fe; y, por medio de estas divinas virtudes, triunfa del maligno, *et vicistis malignum.*

Vosotros, pues, los que tenéis á cargo educar las generaciones jóvenes, y que también lleváis en vosotros al Verbo de Dios, la fuerza sobrenatural de la fe y de la gracia, invitad á la juventud cristiana, y guiadla á santas lides, á la lucha contra el maligno, contra el mal, contra las tres concupiscencias; porque todo el éxito de la Educación depende de ahí.

Ya lo he dicho, y ahora torno á repetirlo: Quienquiera que desconozca que en la grandiosa obra de la Educación, lucha contra la triple concupiscencia, no sabe nada, no hace nada.

Y, para concluir, los principios de Educación se hermanan con la más pura moral cristiana, que señala siempre á estas tres concupiscencias como eterno enemigo del alma y de la salvación; y enseña que sin cesar es menester mortificarlas, crucificarlas, clavarlas á los tres brazos del santo madero, donde expiró el Redentor. Vese, además, que la importantísima enseñanza de la cristiana mortificación, que constituye la base de la moral medicinal del Evangelio, es tambien como el nervio de toda verdadera y sólida Educación: viniéndose á cumplir aquí á maravilla la palabra de San Pablo: *Pietas ad omnia utilis est*, la piedad, para todo es útil.

Por eso en casas de Educación cristiana se da tanta importancia á la piedad.

Entremos en pormenores sobre este doloroso y trascendental asunto.

CAPÍTULO XI

El orgullo, «superbia vitæ,» primer principio de nuestros defectos.

I

EL ORGULLO: SU NATURALEZA

El orgullo, primero y más fecundo entre los pecados capitales, ocupa triste y principal lugar en la vida humana. No hay vicio que más lejos extienda su dominio. Hállase en todos los hombres, en todas las edades, en todas las condiciones de la vida. Se mezcla en todo, lo invade todo: es el mal universal. «Este vicio, dice admirablemente Bossuet, es el que se inoculó en el fondo de nuestras entrañas, á la voz de la serpiente que al oído nos bisbisaba en la persona de nuestra madre Eva, aquel: *Seréis como dioses, eritis sicut dii.* Todos hemos tragado este mortal veneno. Ha penetrado hasta el tuétano de nuestros huesos, y no hay alma que no esté inficionada de él (1).»

Ésta es también la tentación propia de toda criatura. Exaltarse, embriagarse de su propia excelencia,

---

(1) *Traité de la concupiscence*, chap. 10.

subir, subir siempre en su pensamiento, en su corazón, en su vida: éste es el ensueño del orgullo cuando se apodera de un alma.

El orgullo es, pues, la más vieja enfermedad de nuestra naturaleza, y la más dañosa herida que el antiguo enemigo del humano linaje en nosotros hizo. Y nos la hizo precisamente en el corazón; y nos la hizo á todos; y es llaga de profundidad espantosa.

Este vicio es también el que más pronto se echa de ver en nosotros. Vicios hay que duermen más ó menos tiempo en los niños: el orgullo, por el contrario, se desarrolla en ellos muy temprano, y á veces con proporciones gigantescas. Niños hay que á los diez años son al pie de la letra prodigios de orgullo; y algunos lo son ya antes.

Triste es decirlo, pero es certísimo que ni la virtud misma se ve al abrigo de sus alcances: gusano roedor, el orgullo se desliza sigilosamente en los más puros corazones, y ensucia y vicia y corrompe en su raíz las mejores acciones, las más hermosas virtudes. Hállanse almas que serían nobles, que serían grandes, porque tienen arranques y entusiasmos por lo bueno: pero el orgullo que en lo hondo de sus almas anida, lanza sobre ellas no sé qué hálito malsano, que marchita todos sus encantos y aja sus más vistosos matices.

«El mayor mal del hombre, dice Platón, — y no recuerdo dónde, — es un defecto que traemos con nosotros al nacer, que todo el mundo se perdona á sí propio, y del que, por lo mismo, nadie trabaja por deshacerse: es lo que llamamos amor propio.»

Este mal, bien pudo señalarle Platón; pero lo que no pudo Platón ni hombre alguno jamás ha podido ni

podrá jamás, es indicar el remedio de mal tan profundo, y sobre todo hacer que se acepte su radical y enérgico tratamiento: *Hoc Plato nescivit.* Hízolo Jesucristo, y en ello mostró ser Dios: «Aprended de mí á ser mansos y *humildes de corazón.*» ¡Maravillosa palabra! Vese aquí al médico divino, poniendo de primera intención su mano y el remedio sobre la viva llaga de nuestra naturaleza y en el preciso lugar de la dolencia.

Luego hablaremos del sinnúmero de vicios en el alma engendrados por el orgullo. Mas á pesar de todo no hay cosa más difícil de observar y de bien definir que el orgullo; porque si su fecundidad es pasmosa, son incontables sus arterías y sus disfraces. Grosero en su fondo, tiene mil sutilezas y mil astucias, y á las veces inauditos refinamientos; se oculta, se transforma, es á la par el más fecundo y el más impostor de todos los defectos; embózase casi siempre bajo apariencias que vienen á ser otros tantos engaños.

Así es cómo el orgullo parece cosa firme y noble, y es de ordinario lo más débil, ruin, ligero é inconstante.

Parece noble y grande, y en el fondo es la mismísima ruindad, la propia grosería. *Superbia non est magnitudo, sed tumor*, dijo san Agustín.

Y á fe que con sus desmedidas pretensiones, junta pequeñeces increíbles; y á pesar de su falsa y vana grandeza, cae en torpísimas bajezas.

¡Cosa rara! A puros amaños acaba por ilusionarse, por engañarse á sí propio, y aun quiere engañar á los demás: pero lo ordinario es que sólo se engaña á sí mismo. En justo castigo halla la vergüenza allí donde quería indebidamente encontrar la gloria.

Y es que en hecho de verdad, cuando se lo examina de cerca, cuando se escudriña su naturaleza, vese que el orgullo es una solemne mentira: es la injusticia, la mentira personificada. *In veritate non stetit*, que dice la Escritura hablando del primer orgulloso y príncipe del orgullo.

¿Qué es, pues, orgullo?

Orgullo, dice el Catecismo, — al cual siempre habríamos de pedir prestadas sus definiciones, y no podríamos hacer cosa mejor, — es amor y estima desordenados de sí propio, que hacen que uno se prefiera á los demás, y todo lo refiera á sí, nada á Dios.

Esto evidentemente es la suma injusticia en un ser que no es nada, ni tiene nada, ni vale nada de por sí; mejor dicho, que de suyo no tiene más que muy reales miserias junto á las excelencias y prerrogativas que de Dios ha recibido, las cuales el soberbio se arroga como si las tuviera de sí mismo.

Es éste un arrogante é insolente olvido de la naturaleza de su ser, en el cual todo es prestado, y que en todo y siempre vive dependiente de Dios.

A Dios solo pertenece toda gloria; Él se la debe á sí mismo y se la da. La reclama, porque le es debida: quererla el hombre para sí, es querer lo que no es suyo, es arrebatar á Dios lo que solo Él merece, es cometer robo, es sacrilegio.

Injustísimo é impropísimo de un ser criado y dependiente deberá ser el orgullo, ya que, según la sólida y atenta observación de Fenelón, el orgullo vese precisado á esconderse, y no puede evitar la pública rechifla sino es semejando que se olvida de sí propio.

Ambicionar la gloria es propio de seres vanos. La

gloria no merece aprobación sino en cuanto se la oculta, y el que la ostenta, se hace odioso y despreciable. Dadme el hombre más admirable del mundo: que si á las claras anhela ser admirado, si alardea de su grandeza, vendrá á ser objeto de burla con aquello mismo con que hubiera logrado la universal admiración, de no haberla procurado.

¿Qué pretensión será ésa tan desproporcionada con la condición humana, que á nadie se le perdona el mostrarla abiertamente? Dicha pretensión hasta siente necesidad de disimularse á sí misma: la falsía, tan odiosa y despreciable en otra cualquier materia, es el único medio de hacer soportable el orgullo; y la ingenuidad, que siempre y en todas partes ha sido apreciabilísima, tórnase aquí ridícula y odiosa.

Es que el orgullo no dice bien con la criatura; es que todo el mundo conoce instintivamente que está allí fuera de su lugar, que es injusto.

Y esa misma es la razón de que parezca tan indecoroso. Sí, hay cierta decencia, porque hay cierta especie de justicia, en la modestia, en la humildad: y en el orgullo hay indecencia, porque hay injusticia y usurpación. La modestia es el pudor del alma; el orgullo es su incontinencia. Alma orgullosa es alma que no sabe contenerse á sí misma.

De ahí las afinidades entre la concupiscencia del espíritu, entre el orgullo y la concupiscencia vergonzosa. La modestia, la pureza del alma y del cuerpo, consiste en contenerse, en respetarse á sí mismo. El orgullo, la vanidad, el amor propio, como inmodestia que es, consiste en no contenerse, en no respetarse, en lisonjearse vanamente, en idolatrarse ruinmente á sí propio.

El orgullo es por lo tanto la ostentación, la inmodestia, la desvergüenza, la incontinencia del espíritu; como la impureza es la incontinencia, la desvergüenza, la inmodestia, y en cierto sentido el orgullo del cuerpo.

Ahora sabréis por qué el orgullo es también un vicio vergonzoso; hay que sonrojarse de este vicio, como de aquel otro: podemos experimentar tentaciones del uno y de la otra muy á pesar nuestro; pero siempre nos habremos de ruborizar por ello.

Ahora sabréis igualmente la razón de por qué es vicio tan aborrecido y tan odioso.

El yo es aborrecible, escribió Pascal: el yo, quiero decir, el orgullo que no mira más que á sí, que no piensa más que en sí, que no trata más que de sí, que todo lo refiere á sí.

Dios y los hombres le tienen horror.

Y los castigos que Dios le reserva prueban hasta qué punto es culpable: esos castigos, las más veces horripilan de sólo leerlos.

En suma, el orgullo es para sí mismo su terrible castigo, y el alma orgullosa se ve de sobras castigada por los males que el orgullo le produce, por los vicios de que aquél es funestísimo padre. Es de lo que ahora vamos á decir cuatro palabras.

II

TRISTE FECUNDIDAD DEL ORGULLO

Hay razón de sobras para horrorizarse cuando se considera la inmensa retahila de defectos, de crímenes,

de vicios que engendra y amamanta el orgullo. Sin embargo, bueno es y aun necesario estudiar y presenciar de cerca tan doloroso espectáculo.

Es la mejor manera de inspirar á los jóvenes odio contra un vicio que tan amigablemente se hermana con la ligereza y con la presunción de su edad; y de infiltrarles la energía y animosa voluntad indispensables para combatirlo y para triunfar de él.

Quien se creyera enteramente libre del orgullo, forjaríase gravísima y perniciosa ilusión. Fuera de que para reconocer en sí ó en los demás este vicio, hay un procedimiento muy sencillo y segurísimo: mírese la conducta, mírense las obras; examínese si se descubre algún fruto de este orgullo: fácil será que se tope alguno; entonces de fijo que allí está la raíz, y tanto más profunda y más vivaz cuanto más abundantes y más amargos sean los frutos.

En primer lugar, ¿de dónde sino del orgullo procede la *desobediencia*, es decir, la falta de sumisión á las órdenes de nuestros legítimos superiores, la rebeldía contra la dirección y los consejos de los encargados por Dios para dirigirnos? No se quiere tener otra regla que la propia voluntad; desde el momento en que el hombre se cree superior á todos y muy capaz de gobernarse á sí mismo, tiene en nada las autoridades más sabias y más legítimamente establecidas.

En una casa de Educación, viene á ser el trastorno de toda regla, de toda disciplina, de todo respeto y miramiento. La Educación esencialmente supone la docilidad. Es evidente que el niño y el joven necesitan ser dirigidos. No hay hombre que posea por sí solo toda luz, toda razón, toda experiencia; mas, en particular, ¿qué luz y qué experiencia podrá tener un jo-

ven? Ninguna, absolutamente ninguna. Quien en sus primeros años se crea capaz de gobernarse á sí propio, rechace la sumisión y se rebele contra la obediencia, está manifiestamente infestado de intolerable orgullo, cuya primera víctima será él...

¡Educadores de la juventud! decídselo claramente á vuestros alumnos: toda la vida hay que desconfiar de sí mismo, recibir los consejos y acatar la autoridad. Nunca jamás de la boca de sabio alguno han salido estas palabras: «Yo me sé lo que tengo que hacer; no necesito de los consejos de nadie»; pero si es un niño quien hablara este lenguaje ¡qué fatalidad, qué desgracia tan imponderable!

No cabe duda que la indocilidad y la desobediencia en casas de Educación pueden provenir de la ligereza: entonces deberáse proceder con más indulgencia en la reprensión; mas cuando provienen, — como es lo ordinario, — del orgullo, ¡oh! entonces no hay que tener compasión, hay que armarse de inflexible firmeza, y sobre todo hay que atacar esa desobediencia en su principio, ó sea en el orgullo. No lo olvidemos, pues: el orgullo es el que hay que combatir en los niños desobedientes.

Este orgullo tiene muchas otras funestísimas consecuencias: *las pasiones violentas, los odios, las fieras venganzas*, de ordinario no tienen otra causa que el orgullo.

En grado más bajo, el orgullo engendra la *envidia*, es decir, aquella ruin tristeza que se experimenta por el bien del prójimo; los *celos*, que llevan al deseo de desposeerlo de este bien, para disfrutarlo en lugar suyo, y que desgarran el alma ante el temor de verse privado de él. Inspira también el orgullo alegría por las

ajenas desgracias; secretas intenciones de dañarle, maledicencias y calumnias; en esta cuenta entran también los rencorosos movimientos del corazón contra toda autoridad superior que nos hiere y nos humilla: es que hay maligna complacencia en quien procura rebajar á otro, y parece que por ahí se eleva sobre los demás. Siempre que alguien descubra en su corazón ó en el corazón de otro, alguno de estos gérmenes malignos, puede estar seguro que allí anida el orgullo: raíz amarga de amarguísimos frutos: *Radix amaritudinis*.

Cuando este orgullo tiene por auxiliares algunas otras pasioncillas lastimadas, tales como el sórdido amor al lucro, al dinero, no se puede calcular cuánto olvido de sí mismo, cuánta violencia, qué de ingratitudes y de crímenes puede inspirar.

Mil veces se ha trazado el retrato de la envidia y de los celos:

Là gît la sombre Envie, à l'œil timide et louche, etc.
(Yace allí la obscura Envidia, de ojos tímidos y bizcos...)

pero jamás se los ha pintado tan ruines y tan odiosos como en realidad lo son, mayormente en la juventud; pues entre jóvenes, donde tienen mucha menos razón de ser que entre hombres adultos, resultan extrañamente ruines dichos sentimientos. Ellos son los que matan puras y cordiales amistades, desnaturalizan y emponzoñan nobles y fecundas emulaciones, substituyen los generosos sentimientos de aquella edad con amarga hiel de amarguísimos rencores; encogen corazones que habrían menester dilatarse; oprimen almas que no piden más que expansión y franqueza.

Y cuenta que es dificilísimo atacar derechamente esta malhadada pasión, porque se disimula tanto como puede: ya se ve, como no hay sentimiento más vil en el humano corazón, por eso es tan doloroso descubrirlo francamente... ¿Cómo combatirlo, pues? Escuchad. A las almas que de esa suerte envilece el triste orgullo, hay que hacerles ver la nobleza de la animosa emulación, las dulzuras de una amistad leal, y el supremo é imprescindible deber de la caridad cristiana. Hay que inspirarles también bondad de corazón: porque el orgullo es el mayor enemigo de la bondad de corazón. El orgullo es positivamente malo. Es duro, tiránico, violento, cruel. Ha menester una víctima que atormentar á su placer. Por eso gusta de guasa y de otras zumbas pesadas, de burlas y de sarcasmos; deléitase con las ajenas lágrimas y desgracias: dejadle crecer, y veréis cómo se goza en la sangre...

He dicho en otro lugar que los niños son naturalmente malos: de los niños orgullosos principalmente hablaba; de ellos más que de ningún otro hay que decirlo.

Los niños dominados por el orgullo ni conocen ni saben corresponder al cariño; todo lo refieren á sí; de nada se admiran; no aman nada, absolutamente nada; si á veces parece que aman á algún maestro, es de fijo porque el maestro los halaga. Parecen amar á sus padres, pero tan sólo mientras de ellos reciben caricias. En realidad de verdad son *ingratísimos*. — Hábleseles con frecuencia de la hermosa é importantísima virtud del agradecimiento; hágaseles sentir su nobleza, el sagrado deber de practicarla; aféese delante de ellos la ingratitud; muéstreseles la vergüenza, la ruindad, la negrura de ese vicio.

Sobre todos estos puntos hay que hablarles con llaneza y sin miramientos ni contemplaciones; lo diré más claro: no hay que poner en ello poca ni mucha delicadeza. Me ha enseñado la experiencia que tampoco dichos jóvenes tienen pizca de delicadeza; y, groseramente ciegos como son acerca de sí mismos, ni siquiera comprenderían un lenguaje fino y delicado. —Prosigamos la triste enumeración.

Los ardientes deseos, los ensueños de grandeza, de gloria, de nombradía, — más precoces y frecuentes entre niños de lo que comúnmente se piensa, — en una palabra, la loca *ambición* delatan un corazón sojuzgado por el orgullo.

Aquél que saborea con no recatado placer el renombre de sabio, de famoso orador, de gran hombre con que se le distingue; aquél que sueña para lo porvenir con títulos pomposos, honores y dignidades..., ese tal, sin riesgo de equivocarse, debe vivir advertido de que ha de luchar contra el orgullo.

De todas maneras el perjuicio que ocasionan tales ensueños siempre es inmenso. Estos deseos, bien pronto desengañados, dejan en el corazón un fondo de desazonada tristeza, ó de secretos odios, que cuando otra cosa no, emponzoñan y acedan la existencia, viniendo las más de las veces á estallar de manera formidable.

En los aciagos tiempos que corren, esta disposición de ánimos en un joven ardoroso es por todo extremo dañosa. La seducción que á tantas cabezas jóvenes ha despeñado en utopías antisociales, tuvo por principio y punto de partida las rabietas de una precoz y ardiente ambición engañada. — Los maestros discretos y perspicaces, los que no limitan su previsión al presente, sino que llegan hasta el porvenir, deben mirar en ello con muchísima atención.

Por necesidad vémonos precisados á nombrar aquí la *cólera*, impetuoso movimiento del ánimo, que lleva hasta rechazar con violencia todo cuanto desagrada. Las *injurias*, las *imprecaciones*, hijas de la cólera, chispazos son del orgullo que no sabe disimular cosa ninguna, que se exaspera contra quien lo lastima y á todo trance busca y procura una superioridad brutal.

Asimismo, las *rabietas*, las *réplicas*, la grosería, la *inurbanidad*, las *respuestas insolentes*, que tan feamente deslustran en mil ocasiones las más bellas cualidades, y ponen sobre el rostro del niño que á ellos se rinde uno como feísimo velo, ¿qué son sino el orgulloso rebelarse de un alma que se creía por encima de toda conveniencia social y que rehusa confesar sus yerros y sus debilidades? y ¿hay algo más ordinario que esto en casas de Educación? ¡Cuántos niños pierden por ahí el fruto de excelentes disposiciones, y se acarrean amarguísimos disgustos, merecidas reprensiones, y lo que es mucho peor, se preparan en la vida real deplorable, funestísimo porvenir!

La *vanidad*, que es desordenado deseo de estima y loores propios; la *ostentación*, que trata de exhibir sin motivo suficiente el bien y los talentos que posee; la *presunción*, que nos hace concebir de nosotros una idea ventajosa en demasía, y nos mueve á decir más de lo que conviene á nuestra condición, á emprender más de lo que podemos; la *altivez*, la *arrogancia*, el mismísimo *mal humor*, hijos son del orgullo, hijos conocidos de todo el mundo: el maestro atento y perspicaz, inmediatamente señalará al que cayere en estos defectos, el vicio de que está contagiado.

Pero lo que no conocen suficientemente los jóvenes, ni se les explica cuanto conviene, — y tienen necesidad de conocerlo, — son las funestas consecuencias de todos estos defectos, originados del orgullo. La vanidad, por ejemplo, y la ostentación ¡qué de cosas, cuando menos ridículas, dañosas y de ordinario culpables hacen decir á los jóvenes y aun á hombres de madura edad! ¿De dónde, sino, proviene entre jóvenes, por no hablar de otras cosas, el vano aliño del tocador y la indiscreta afectación en el lenguaje? diréis que el desmedido cuidado del tocador y de la persona proviene sólo de ligereza, y que no es cosa de consecuencia en un joven... Eso sería gravísimo error. Hay aquí algo más que indicios de cabeza huera y de espíritu casquivano. La virtud misma en lo que tiene de más esencial — bien lo saben cuantos tienen alguna experiencia de lo que son niños, — se ve comprometida por estas indignas frivolidades, que en el joven desarrollan hábitos y gustos de alma y de carácter, incompatibles con la energía generosa, con la sólida razón y con la pudorosa moderación, sin las cuales no se sostiene la virtud. Por eso Fenelón, que había visto de cerca este peligro entre jóvenes, para prevenirlos, no deja nunca de atacar esa especie de vanidad y necio orgullo. «No niego, dice, que se puede procurar la elegancia, la gracia y el bien parecer en los trajes necesarios para cubrir el cuerpo; pero, después de todo, estas telas que nos cubren no deben ni pueden ser jamás vano y afectado aliño. El joven que gusta de pintarla, — como vulgarmente se dice, — á guisa de mujer vana, es indigno de la sabiduría y de la gloria».

Incontables son las faltas á que inducen la *vana ostentación* y el frívolo deseo de lucirse.

Ciego el hombre y embriagado á la vez, pierde el discernimiento de las cosas, no comprende el alcance

de las palabras, no se recata de los lazos, se enreda en mil compromisos, se pone á merced de cualquiera, y se extravía. Fenelón, famoso y acreditado maestro, que tan discretamente sondeó todas las honduras del humano corazón, y desenrolló sus más ocultos pliegues, vió clarísimamente la gravedad de este peligro para los jóvenes: harto se conoce en su manera de hablar lo mucho que le apenaba. Tenemos de él una página admirable, que muchas veces puse yo ante los ojos de mis alumnos, donde aparece este peligro con asombrosa perspicacia señalado.

Seducido por fementidos loores, el hijo de Ulises, dejóse llevar hasta narrar minuciosamente sus aventuras, y en su relato lo dijo todo, no supo callarse nada: por ahí se despeñó en espantoso riesgo que su maestro ve muy pronto, y del cual no tiene el joven la más ligera sospecha. Luego como estuvieron á solas, el sabio Mentor apresúrase á hacérselo notar, y le dice: «El placer de referir tus aventuras y tus historias, te ha seducido; has encantado á la diosa explicándole los riesgos que has corrido y de los que te ha salvado tu industria y tu talento: con eso empero no has logrado más que prepararte otro más funesto cautiverio. *El amor de la vana gloria te ha hecho hablar sin cordura.* La diosa se te había comprometido á referirte preciosas historias, y á descubrirte cuál haya sido la suerte de Ulises; mas ha encontrado medio de hablar largo y tendido sin decir nada de sustancia; y ha conseguido inducirte á explicarle todo cuanto ella deseaba saber: es traza de doncellas lisonjeras y apasionadas... *¿Cuándo serás, oh Telémaco, tan discreto que nunca jamás hables por vanidad, y cuándo sabrás callarte lo ventajoso, dado que no te sea útil el decirlo?... Aprende para otra vez á hablar con más sobriedad y modestia de lo que puede granjearte alabanzas.*»

Aun no he dicho nada sobre la *susceptibilidad*, como dicen por ahí, ó sea, acerca de esos genios vidriosos y delicados, que se ofenden del aire y semejan verdaderas sensitivas; la susceptibilidad no busca alabanzas, como la vanidad y la ostentación, pero se irrita por cualquier palabreja, por la más ligera reprensión, por la más insignificante sospecha: es una ternura para consigo mismo de muy mal jaez, y que no acusa menos orgullo.

Hay niños, hay naturales que — según ya he dicho — parecen *sensitivas*: ¡tan delicadillos son! ¡Cuidado con darles un aviso, con dirigirles una corrección, ó un consejo, por muy dulce y almibarado que vaya! porque luego se amoscan y se irritan.

A la menor palabrilla de un condiscípulo ó de un catedrático, los veréis sonrojarse, poco digo, caldearse, ponerse su rostro hecho una brasa, ó al contrario, palidecer como un difunto. Se conoce que allí dentro hay una cuerda tan tirante y tan sonora que no se puede poner en ella la mano sin que vibre, un punto tan sensible que ni con la punta del dedo se le puede tocar. Semejante disposición de ánimo es funestísima para la Educación de los niños, y hace en extremo difícil la corrección de sus defectos: no se consigue corregir esas pobres naturalezas, tan escolimosas como son, sino lanzándolas hasta el cabo con prudencia y con dulzura.

Hay otra clase de almas en las que la delicadeza del orgullo tiene cierto carácter muy particular. Son hombres que semejan no estar en el mundo más que para salvar las apariencias. No consideran más que lo

de fuera. Ligeros en el fondo, serios tan sólo en las formas, no saben juzgar con seriedad más que las apariencias: seres cuyo carácter se rebaja á ojos vistas por la debilidad y el fanatismo del bien parecer. Esa también es otra funestísima especie de orgullo.

La *mentira*, que disfraza una verdad dolorosa; la *codicia*, que nunca se harta; y sobre todo la *dureza* con los pequeñuelos, con los pobres, con los criados, con todas las personas con quienes se trata, y que están por debajo de nosotros, y otros mil defectos de este jaez, tan funestos como aborrecibles, todos, todos se originan del orgullo. En todos se echa de ver un exagerado amor á sí mismo, un egoísmo feroz: el *yo* es quien domina, el *yo* es á quien se sacrifica, el *yo* es á quien se adora.

La *hipocresía*, que trata de ocultar con capa de honor las vergonzosas pasiones que la denigran, hija es también del orgullo. Pero el más formidable de todos es el orgullo hipócrita.

Hay que decir además que el orgullo es padre *de la incredulidad, de la apostasía, de la impiedad:* esto ¡ay! por desgracia, es certísimo y de todos muy sabido. Si no se cree en la religión ó si se aparenta no creer en ella, es por una de dos causas: ó porque se alza la flaca razón humana por encima de todo, porque se la diviniza, ó más de ordinario, mayormente en la juventud, porque se cede á la frívola vanidad—más despreciable todavía—de querer distinguirse de la gente y aparecer como hombre despreocupado, como *espíritu fuerte*, según frase vulgar. *Quo modos potestis credere*, dice Nuestro Señor, *vos qui gloriam ab invicem quæritis?* ¡Profunda y terrible palabra del que escudriña los pensamientos y el corazón de los hombres!

En casas de cristiana educación, el orgullo y la vanidad son, con harta dolorosa frecuencia, causa de dudas contra la fe ó de viles cobardías ante el respeto humano.

Estad ciertos de lo que digo: desde el momento en que un joven principie á ser orgulloso, peligrará su fe: apresuraos á poner coto á su orgullo, si queréis salvar su fe.

Esta incredulidad, causada por el orgullo, digna de compasión aun entre hombres formados, es en verdad vileza sin nombre en un jovenzuelo que no sabe nada ni puede saber cosa de provecho, y que, sin embargo, se imagina atesorar en su cabecita pozos de ciencia, más sabiduría que los mayores talentos del mundo, los cuales, sin embargo, tuvieron la dicha y la grandeza de creer. Esta jovenzana y vana incredulidad es la que principalmente censuraba Bossuet con aquella punzante ironía: «Pero ¿qué es lo que han visto esos raros ingenios?...»

Menester es decir, por último, que la *impureza*, por más que inmediatamente sea fruto de la molicie, es no pocas veces fruto del orgullo, como *su castigo*. Dios castiga al orgulloso entregándole á las pasiones de ignominia: *Tradidit illos in passiones ignominiæ*, dice San Pablo. Pruebas tan irrecusables como dolorosas nos ofrece de ello la experiencia. Ni el director de almas, ni el sacerdote encargado de educar la juventud, pueden desconocer este gran peligro del orgullo. Cuando se ve crecer el orgullo en un niño, en un joven piadoso y morigerado por otra parte, hay que temblar por esta virtud que está amenazada de muerte, y hay que avisarle: si persiste el orgullo, no andará muy lejos de dar funestísimas caídas.

Tal es en parte — porque no lo hemos dicho todo, ni lo podíamos decir — la funesta y vergonzosa progenie de los defectos que el orgullo amamanta. Es de capital interés el conocer bien todo esto; porque ahí está la clave de la ciencia de las costumbres. El orgullo es la más profunda enfermedad, la más vieja, la más universal, la más tristemente fecunda de cuantas trabajan nuestra caída naturaleza: es en nosotros el principio generador del mal. El desconocerlo ó conocerlo tan sólo á medias, acarrearía por necesidad funestísimas consecuencias. Pero no basta conocerlo de una manera abstracta: no reconocer en sí este vicio, y sus múltiples ramificaciones, y las incontables faltas menudas, cuyo malhadado principio es á cada momento en nuestra vida, sería deplorable ceguera.

El orgullo es tan fértil en venenos para nuestra alma y para nuestro pobrecillo corazón, que con verdad se puede decir que la humildad, su antídoto, sería por sí sola bastante para devolver al género humano la virtud y el buen sentido.

La enumeración que acabamos de hacer, por larga que sea ya, es incompletísima; y para terminarla fuera menester no menos que un extenso tratado de moral completo que comprendiera las más altas cuestiones relacionadas con la psicología, con la sociedad, con la familia, con la religión y hasta con la política. Mas, antes de dejar este asunto, hablaremos de *cuatro clases de espíritus*, cuya venenosa fuente es el orgullo, y que frecuentemente uno ú otro afean los caracteres mejor nacidos, y las más puras virtudes, y en una casa de Educación cristiana, acaban por deslustrar á los más piadosos niños.

CAPITULO XII

De cuatro suertes de mal espíritu, cuyo padre es el orgullo.

El primero de estos malos espíritus es el *espíritu de indocilidad.*

Indocilidad no es lo mismo que desobediencia: es más y es menos. Puede uno ser muy indócil, obedeciendo. Indocilidad (según la etimología de la voz latina *indocilis*, que no se deja enseñar) significa que uno está lleno de confianza en sí mismo, pagado de sus propias luces, y que ninguna confianza tiene en las luces de los demás. No respeta talento ni autoridad de nadie. La indocilidad no está tanto en el acto exterior como en la disposición íntima, en el espíritu, en el corazón; ved por qué dice la Escritura santa: *Cor malum incredulitatis.*

El inmediato perjuicio que acarrea este espíritu de indocilidad, es privar al joven indócil de las luces y consejos de aquéllos á quienes su ciencia, su sabiduría, la experiencia, la vocación y consagración especial llaman á ser guías suyos de él; dejarle caminar solo y sin apoyo, expuesto á peligrosas caídas, de las que no dejarán de presentarle mil ocasiones su presunción y su inexperiencia, las cuales le harán gastar en infructuosos ensayos y en ruinosas tentativas tiem-